

recito caliente. La vieja salió al campo a cortar unas yerbas y él me aseguró que no dilataban en llegar los Ramírez, de Cerro Gordo, con quienes me recomendaba el padrecito. Volvió la mujer con unos cogollos que sé yo de qué yerba, los amasó entre sus dedos costrudos, luego hizo un menjurje revolviéndolos con *nejayote* en una cazuela tiznada y se lo dió a beber. El amo dijo a poco que el dolor se le había asilenciado, pero a mí me dió no más de mero apurón.

Al medio día llegaron los Ramírez, de Cerro Gordo, en magníficos cuacos, armados hasta los dientes. El amo les dió el recado de mi protector y en el acto me estrecharon la mano a punto de dislocarme los huesos, asegurándome con muchas fanfarronadas que ellos no obedecían más ley que la ley de Dios, que en sus guaridas no entraban villistas ni carrancistas y que todas esas gentes de la revolución les venían guangas. Me disculpé de no acompañarlos en seguida porque esperaba un recado urgente de mi amigo el padre Varela, y que a otro día me iría con ellos. La verdad es que estaba arrepentido de esta aventura y meditando una salida. Por fortuna esa misma noche volvió mi guía de Tepetitlán con el aviso de la llegada del coronel Manuel Caloca, gravemente herido, acompañado de ochenta hombres. No esperé más y le di gracias a Dios, que nos ayuda hasta cuando no se lo hemos pedido; ensillé mi caballo y regresamos a la población. En el trayecto, mi guía, un mozalbete flaco, descolorido y de aspecto fúnebre, me dió una gran sorpresa:

—Yo sé que usted despachó ya a sus asistentes, y si usted quisiera llevarme, puede ser que le sirviera de algo.

Muy compungido agregó que era payaso de circo, pero que en su profesión le iba muy mal, porque hasta los cirqueros andaban de revolucionarios y él se mantenía haciendo mandados por lo que buena mente querían darle.

Con Caloca en angarillas, una partida de carrancistas nos sorprendió en el fondo del cañón, pero como toda la gente del coronel era de serranos y caballistas magníficos, con facilidad se apoderaron de las alturas y pronto pusieron en fuga al enemigo. Yo, entretanto, al amparo de un covachón abierto en la peña viva, tomaba apuntes para la escena final de la novela apenas comenzada.

Esa misma tarde, en el rancho de Santa Rosa, el payaso me dijo con aflicción que siempre no le convenía el trabajo, porque maldita la gracia que le había hecho la balacera. En su lugar ocupé a un sacristán que se nos había agregado en Tepetitlán.

Todo esto está construido en la novela en forma muy diferente.

Con mis apuntes en el seno llegué a Chihuahua y allí comencé a darles forma. Leí la primera parte a mi amigo el licenciado Enrique Luna Román, que a pocos días se trasladó a El Paso. Había terminado ya la segunda parte, cuando me escribió, asegurándome que tenía editor para mi libro. Como mis recursos se estaban agotando, salí de Juárez a El Paso con

diez dólares en la bolsa. Visitamos a varios agentes de casas editoras y me pedían el original para enviarlo. Pero como yo tenía urgencia inmediata de dinero, tuve que aceptar la proposición de *El Paso del Norte*: mil ejemplares de sobretiro y tres dólares a la semana a cuenta, mientras se hacía la impresión. Al mes de haberlo repartido en puestos de libros y revistas, se habían vendido cinco ejemplares. Entretanto los carrancistas, sin combatir, tomaron Ciudad Juárez. Aproveché la confusión de las primeras horas para pasarme a territorio mexicano, le compré un pase de ferrocarril a un soldado y con José G. Montes de Oca regresé a Guadalupe. El conductor del tren objetó el pase. "Ustedes no son soldados —dijo—, son peones que van a la pizca de algodón a la Laguna." Su aguda penetración nos salvó, porque compadecido de nuestra pobreza nos dejó seguir adelante, sin volver a pedirnos el boleto. Ocho días duró el viaje con desveladas, hambres, trabajos y multitud de peripecias.

Nunca he sabido el fin de los mil ejemplares que de mi novela le dejé al señor Gamiochipi, dueño de *El Paso del Norte*, pero lo que sé muy bien es que le sigo debiendo sus doce dólares.

El éxito que esta novela alcanzó después de diez años de publicada se debe al entusiasmo desinteresado de tres excelentes amigos míos que se propusieron darla a conocer. Ya a fines del año de 1924 el poeta Rafael López, en una entrevista de prensa, había señalado *Los de abajo* como

el esfuerzo más serio realizado en ese género literario, de diez años a aquella fecha. Pero no fué sino en 1925 cuando el público reparó en ella, con motivo de una ruidosa polémica periodística en la que Francisco Monterde llamó fuertemente la atención sobre mi citado libro.

Gregorio Ortega publicó varios artículos al respecto y obtuvo que *El Universal Ilustrado* lo reeditara. Poco después, este mismo amigo mío hizo un viaje a Europa y se llevó muchos ejemplares de la obra, la dió a conocer a muchos distinguidos escritores españoles y gestionó una nueva edición en Madrid con un éxito que yo no me había imaginado nunca. Otro excelente amigo mío, José María González de Mendoza, con la atingencia y minuciosidad que lo caracterizan, corrigió la mala traducción que un escritor catalán había hecho para *Monde*, de París, e intervino decididamente en la edición realizada por la casa Fourcade, de Francia.

Hago mención de estos hechos sólo por aprovechar esta ocasión de rendir públicamente un tributo de agradecimiento a esos tres desinteresados y generosos amigos míos, sin cuya intervención tal vez mis libros fueran hoy tan desconocidos como en los ya lejanos días en que por primera vez los publiqué.

(El texto anterior, inédito, forma parte de una serie de conferencias leídas en El Colegio Nacional, del que nuestro admirado novelista es miembro.)

LOS RESTOS DE HERNAN CORTES

Una conmoción nacional produjo, el 25 de noviembre, el hallazgo de los restos de Hernán Cortés, el extremeño conquistador de la Nueva España. La localización se realizó en la iglesia de Jesús Nazareno, anexa al hospital que el mismo Cortés fundó en la ciudad de México. A los pocos días del descubrimiento, los despojos fueron identificados con absoluta seguridad.

Muerto el 2 de diciembre de 1547 en Castilleja de la Cuesta, un pueblo situado a media legua de Sevilla, Cortés —o mejor dicho, sus restos— no ha tenido el reposo que los demás mortales disfrutaban en coyuntura semejante. Sus cenizas han cumplido una peregrinación que recuerda el rudo trajinar de su vida. He aquí sus póstumas andanzas, según la cuenta del señor José Ignacio Herrasti:

El 4 de diciembre del mismo año de 1547 se le enterró en el convento de San Gerónimo de San Isidro del Campo; en 9 de junio de 1550 se le pasó a otra sepultura que estaba junto al altar de Santa Catarina, dentro del propio monasterio; el 23 de mayo de 1566 los restos fueron traídos a la Nueva España y se les depositó en la iglesia de San Francisco de Texcoco, mismo lugar en que descansaban Luis y Catalina, hijos de don Hernán; en 1629 ocurrió nuevo traslado, esta vez a la iglesia de San Francisco de México, de donde se les sacó en 1794 para llevarlos al templo de Jesús Naza-

reno. El 15 de septiembre de 1823, previendo una posible violación de la tumba, los despojos se colocaron provisionalmente bajo la ta-



Cortés y la Malinche.
(Fresco de José Clemente Orozco.)

rima del altar de Jesús, de la misma iglesia de Jesús Nazareno. Según datos que consigna el P. Mariano Cuevas en su *Historia de la Nación Mexicana*, en 1938 ó 1939 se registró otro desentierro de los restos, posiblemente sólo por motivos de curiosidad.

Tras el hallazgo definitivo del 25 de noviembre, el Gobierno de la República declaró Monumento Nacional la Iglesia de Jesús en que se hallan los despojos.

Las pasiones en torno a la discutida figura de Cortés no han menguado con los años. A raíz del reciente suceso, casi se tornó en el personaje del día. Los periódicos de la capital de la República, así como los de provincia, publican a diario artículos encendidos al respecto: unos lo exaltan hasta extremos que lo hacen aparecer como padre absoluto de nuestra nacionalidad, sin cuya intervención los mexicanos seguiríamos a la fecha practicando la antropofagia atribuida a los aztecas; otros, arremeten contra él tildándolo de vulgar aventurero a quien únicamente impulsaron los más siniestros designios de rapiña y mantanza. No hay términos medios para los actuales comentaristas del personaje histórico y sus hechos. Los dos bandos rivalizan en sarcasmos y argumentaciones contundentes, todas favorables a sus tesis antagónicas.

Los restos de Hernán Cortés, entretanto, sólo piden paz.